Yo sexo, tú sexas... él sexa

Rosa María Zúñiga

Muchas reflexiones germinaron en el segundo diplomado en estudios de género que ofreció la Universidad de Colima entre mayo de 1999 y marzo de 2000. Una de ellas fue saber que la única diferencia entre hombres y mujeres es la naturaleza anatómica de sus cuerpos. Culturalmente es el sistema de creencias sociales quien inculca las diferencias entre mujeres y hombres.

Con este tipo de visión, descubrimos nuestros *derechos de equidad*, es decir, no somos iguales en nuestros cuerpos, aunque sí tenemos los mismos derechos sociales. Pero los roles de género asignados son una carga pesada. Caminamos con ellos en la vida sin saber cómo interfieren con nuestra forma de pensar, hacer y sentir.

Por ello, nos volvimos cautelosas y verificamos que los usos de nuestras palabras en español no son inocentes. Al contrario, refuerzan significados impuestos a cada género. No es secreto que los hombres hablen de las mujeres usando un campo semántico de objetos comestibles: bombón, media naranja, mango, cuerpecito de uva, *sweet pie*. Cuyo sabor varía entre apetitosa, amarga, salada, jugosa, dulce, sabrosa, rica y otras más.

Al igual que las mujeres hablan sobre ellos con un campo semántico que refiere a sus acciones: fuerte, formal, valiente, astuto, varonil, protector o inteligente. Campos semánticos diferenciados por medio de palabras.

Pero la vida, al igual que la lengua, no es homogénea ni monolítica. Al contrario, en ambas coexisten movimientos que se entrecruzan con los sentidos sociales, ideológicos y regionales. Por eso, las palabras definen censuras, violencias u opresiones, al igual que placeres, juicios o juegos. En cada acto de enunciar unimos el acto de ejecutar para convertir el decir en hacer y el hacer con el ser. A las palabras "no se las lleva el viento". Se quedan como huellas en nuestros sentimientos. Marcan las relaciones de intercambio en sociedad. Repetirlas alimenta el sentido social aprendido. Permiten evaluar una clase social, un grupo étnico o a quienes tengan cierta edad, profesión, región, género, religión o época.

Sus usos son residuos de prácticas sociales anteriores, pero también con ellas cambiamos el rumbo de nuestros sentidos actuales del mundo. Estamos asistiendo a usar palabras derivadas de las nuevas formas tecnológicas: *faxear*, *chatear*. Nuevos usos irónicos del sentido de las formas políticas: *PRIvatizar*. Escuchamos a los niños hablando de sus derechos con sólo repetir una frase.

También la participación social de las mujeres está cambiando los patrones de vida anteriores con rapidez. El sistema hospitalario ya mira de forma distinta a sus pacientes. Se han formado acciones sociales para reclamar la explotación física, económica y ecológica del sistema capitalista. La globalización ha creado comunicaciones mercantiles a la que sólo algunos acceden.

Sin embargo, cuando se trata de cambiar el sentido de las palabras poco hemos avanzado o detenido la discriminación de género. Porque parece no ser un problema. No hay otras maneras de expresarlas, así se dicen. A pesar de que sabemos que implica reproducir las mismas ideas calificadoras, organizadoras y reproductoras donde el *derecho de equidad y género* no avanza porque concebimos ciertas formas lingüísticas como "naturales" cuando no lo son.

Las y los estudiosos del enfoque de género examinan los roles asignados a mujeres y a hombres dentro del funcionamiento de las redes de relaciones de poder, para mostrarnos modelos de diferencias de identidad impuestas que sirven para construirnos socialmente.

Razonarlos implica tener claras las creencias sociales y cambiarlas. Por ejemplo, la identidad biológica nunca podrá cambiar, pues es condición humana. Lo que sí se puede cambiar son las imágenes mentales que tenemos al ser aludidos con esas formas impuestas.

Una de las representacionesmentales asignada a los hombres es el poder ser fuertes, feos y triunfadores. De lo contrario pueden ser calificados como débiles. Referencias aceptadas que a los mismos hombres no les permite pensarse de manera distinta.

La representación mental asignada a las mujeres es poder ser débiles, delicadas, bellas y a veces tontas. De lo contrario, son calificadas de rebeldes y agresivas. Referencias aceptadas que tampoco a ellas les permiten concebirse distintas.

Este círculo de estereotipos parece no tener salida. Sin embargo, los estudios sobre los sistemas de género abren la posibilidad de observar en la vida cotidiana los modos de vivir, pensar y sentir. Creencias que nos formaron esas identidades de género, clase, cultura o sociedad. Donde ya se trabaja para abrir perspectivas al cambio.

Un avance ha sido comprobar que son construcciones artificiales. Diferenciadores genéricos que acentúan la inequidad. Valoraciones cuyas formas ideológicas se tornan individuales, sociales o nacionales para hacernos sujetos sociales imposibilitados para comunicar otras ideas o contenidos. Las que ya poseemos parecen conferir una supuesta estabilidad, flexibilidad y disponibilidad hacia los contenidos sociales adjudicados.

Ni siquiera dudamos en usarlos porque los sabemos: "¡Vieja el que llegue al último!", "No seas gallina", "Los hombres no lloran", "¡Siéntate bien, con tus piernas cerradas!"

Contenidos que intensifican las marcas de género formados desde la infancia con cantos, como aquel que dice: "Pimpón es un muñeco muy guapo de cartón, se lava las manitas con agua y con jabón. Se desenreda el pelo con peine de marfil y si se da estirones, no llora ni hace así... ¡Buuuu!". O bien: "Arroz con leche me quiero casar con una señorita de San Nicolás, que sepa cocer, que sepa cantar, que sepa abrir la puerta para ir a bailar".

Palabras que se usan para legitimar las preferencias sexuales: célibes, gays, putas, heterosexuales, esposos, amantes. Roles ocupacionales: maestra, ingeniero, sacerdote, sirvienta. Clasificadores sociales: pobres, ricos etcétera, que sirven como parámetros diferenciadores.

La ciencia, por otra parte, nos coloca en la adquisición de conocimientos—macros o micros—sobre lo que somos y lo que nos rodea. Al cuerpo, cada época lo ha ordenado a su manera. Hasta lo hemos transformado en todas sus capacidades, pero continuamos haciendo diferencias sexuales que expresamos con estereotipos de género.

Por supuesto, cada sociedad tiene una historia distinta de sexualidad. Cada cultura maneja el cuerpo con reglas de un orden acordado que legitima la relación entre humanos que forman una pareja regular: hombres con mujeres. Hoy, con menos encubrimiento, hombres con hombres y mujeres con mujeres.

Esas experiencias históricas sobre el uso del cuerpo han formado hábitos y ámbitos del lenguaje con expresiones lingüísticas que moldean la identidad cultural de ser hombres y mujeres.

La fabricación de sentidos y contenidos sociales construyen campos semánticos complejos en torno a la relación sexual. A esta simple acción natural se le nombra con expresiones que degradan las relaciones de las personas desde tiempos inmemoriales.

Y para colmo, nuestro idioma ni siquiera tiene un verbo vinculado a la acción de hacer uso sexual de nuestro cuerpo. Nadie conjuga el verbo *sexar* porque no existe. ¿No existe? ¡No! Así que no se puede conjugar yo sexo, tu sexas, él sexa, nosotros sexamos, ustedes sexan... ¡Qué lástima!

Vamos a sexar

Utilizar en la vida diaria el verbo *sexar* para referir la acción que se da entre dos seres humanos cuando se unen sexualmente es una propuesta mía donde la diferenciación de género puede anularse.

Este verbo no existe como acción en ningún idioma. A pesar de que la reproducción humana se da por medio de ella desde hace millones de años.

Decir *sexar* podrá escandalizar porque rompe la regla de la comunidad lingüística hispánica o quizá también la internacional. No existe como palabra para referirse a ese "acto". Lo sabemos bien, pues no en balde pasamos años estudiando gramática y así... ¡no se dice!

¿Entonces, cómo se dice? Según la Real Academia de la Lengua se hace uso de:

♦♦♦

Coito: (Sustantivo masculino) Ayuntamiento carnal del hombre con la mujer. Unión sexual del macho con la hembra en los animales.

Coger: (Verbo transitivo) Sus numerosas acepciones pueden clasificarse según que la acción sea voluntaria o involuntaria. Juntar, reunir, tomar con la mano, alcanzar, encontrar, agarrar, contener. En muchas partes de América, tener cópula carnal.

Cópula: (Sustantivo femenino) Atadura, ligamento de una cosa con otra. Unión.

Copular: (Verbo reflexivo) Unirse o juntarse carnalmente.

Palabras que se refieren a lo que con más cotidianidad escuchamos como *relación sexual.*

Decir *sexar* puede escandalizar porque atenta contra esa norma lingüística donde la comunidad ya tiene un orden y comportamiento inconsciente codificado cuyo modelo regula la conducta social.

Pero lo que realmente implicaría decir sexar es el rompimiento de la estructura mental, porque es un verbo que podría sustituir la infinidad de ideas, expresiones y palabras que usamos en torno al uso del cuerpo.

Claro que se verían dejadas de lado expresiones metafóricas como *coger.* Palabras combinadas como *relación sexual.* Conceptos poco empleados como *coito* y, entre otros términos, una gran variedad de adjetivos. Pero lo importante radica en el ¿para qué? dejarlos.

Sencillamente para quitarle la parafernalia construida en torno a la sexualidad. Para indicar una acción más hecha con el cuerpo. Porque a cada acción le corresponde un verbo: brincar, jugar, saltar, comer, dormir, hablar o sentir. Se conjugan de forma personal con su sujeto y predicado. Simples maneras de nombrar a las acciones que no llevan en su interior una serie de contenidos ideológicos.

Por ejemplo, cuando decimos brincar no hay posibilidad alguna de obtener una serie de connotaciones que nos lleven a alterar, atentar o tergiversar la acción. Es tan simple como el enunciado mismo que informa, pues es una representación de un hecho, actitud o circunstancia.

Claro que cada acto verbal desarrolla una serie de aspectos verbales para marcar procesos de la acción. Por ejemplo, aquellos que nos indican lo que se hizo de manera momentánea: salté, chocaron, llamó. Aspectos para distinguir acciones repetitivas: leer, dibujar, hojear. Para enfatizar una continuidad de la acción: sé, viví, amo. Que nos ayudan a resaltar límites temporales: llegué, acabé. O bien, referir con ellos acciones acabadas: murió, afirmó.

Formas lingüísticas ya establecidas con las cuales representamos las acciones. Pero con el verbo *sexar* no se puede. Primero porque no existe en ningún idioma. No existe como verbo aunque sea la acción de dos personas que se unen sexualmente.

Lo que encontramos es una serie de presupuestos culturales heredados que se expresan por medio de convenciones de habla preestablecidas que usamos de manera apropiada en cada ocasión. Por supuesto, el idioma también posee verbos prohibidos desde épocas indeterminadas, donde se establecieron zonas oscurecidas para nuestra conciencia de género.

Pero, en general, la lengua nos permite mantener cierto orden social apropiado y, a veces, hasta un desorden, también permitido. Ya que las reglas de infracción son admitidas al decirse en ciertos lugares.

Las prohibiciones sociales permitidas nos generan una enorme creatividad lingüística que llevan la marca ideológica de división sexista. Los hombres poseen sus propios términos para referir su sexar, dependiendo de su clase social, escolaridad, edad y formas de percibir a las mujeres y a los hombres.

Las mujeres también poseen las suyas. Así cuando un hombre alude a sexar dice: coger, fornicar, joder, chingar, pisar, follar o parchar, mientras la mujer dice "hice el amor". El hombre puede decir: "me la tiré, me la cogí, se la metí, me la jodí", y la mujer: "me usó, me agarró, nos acostamos, estuve con él, me ocupó".

Estas concepciones no son gratuitas, sino producto de un conocimiento compartido que juega con las representaciones sociales ya adquiridas para mostrar una ideología que concibe al género humano dividido. Donde a uno le toca la determinación del poder y a otra la postura de sujeción.

Esto no es nuevo, es un problema ancestral que viene junto al desarrollo del orden social capitalista con respecto al cuerpo. En la historia de la humanidad el sexo pone de relieve la idea de usar a la mujer como si fuera una cosa.

Esta conciencia social generalizada y encubierta se mistifica cuando se le subrayan a la mujer sus "virtudes femeninas", porque históricamente el género masculino fundó el principio de organización, control estable y unificado de la sociedad y colocó a la mujer como simple espejo de su rostro.

Imagen que considera tranquila, apacible y rendida, pues es una humana que aparenta ser una unidad inquebrantable que contiene un mundo capaz de reproducirse por consejo de él.

♦♦♦

Este capital acumulado de saber masculino ha relegado —histórica y discursivamente— a la mujer a su función biológica de reproducción y al placer masculino para confirmar la legal explotación que nos condena a "servir a otros".

Es tan clara esta idea que nuestros trabajos no son bien remunerados porque se cree que seremos pagadas por satisfacciones sexuales, no siempre ciertas. Nos han cosificado en nuestro ser y en nuestro cuerpo. No sólo usadas para reproducir otros cuerpos, sino usadas como "mercancías naturales" porque se cree que una es cosa y las cosas no piensan, no hablan, no deciden. Las cosas se intercambian. Circulan entre los hombres como cuerpos cargados de valor no-humano.

Este prototipo normativo histórico de exclusión, explotación y opresión es definido, mucho más, cuando se usan expresiones que representan la acción de sexar con palabras retorcidas, picarescas, chistosas, vergonzantes, transgresoras e indignas.

Son mecanismos que ocultan por principio la acción natural de sexar y la complementan con "humor", negro, blanco y de todos colores. Con ellos se niega la acción en sí, para desencadenar connotaciones preexistentes.

Hace poco pregunté a varios hombres y mujeres qué opinaban sobre usar el verbo sexar en la vida cotidiana de forma igual a la que usamos el verbo llamar, comer o ver. Nadie lo rechazó como lógica de una acción del cuerpo, pero el cúmulo de connotaciones a las que les condujo les produjo un conflicto de orden social, genérico, moral o afectivo para, inmediatamente, reflexionar en la sanción de su uso social permitido.

Hubo quien argumentó que atentaba contra la relación de pareja porque no se involucrarían los sentimientos. A lo que yo respondí que *ésa* es otra acción: *amar*. Otros más dijeron que se podría hacer la acción sin formalizar la relación. A lo que yo respondí que *ésa* es otra acción: *comprometer*.

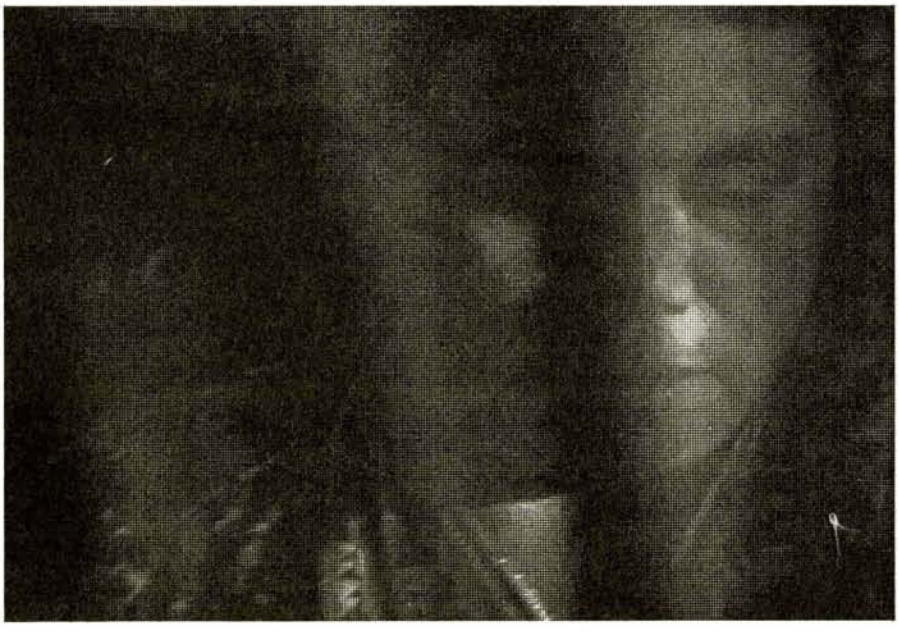
La aceptación general del verbo sexar se vio interferida por reflexiones que conducen a otras percepciones sociales debido a que ya están adheridas a nuestras ideas los valores, normas y repercusiones sociales sobre la sexualidad.

Pero con las respuestas recibidas se hizo claro el porqué decir sexar y usarlo como verbo rompe la estructura ideológica y abre la posibilidad de que su uso sanee tanta alusión, complicación y burla.

Si no recurriéramos a verbos sustitutivos de la acción sexual como coger, agarrar, meter, montar, ocupar, acostar, tirar, usar, etcétera, correspondientes a otras acciones, se podrían empezar a esclarecer las relaciones de poder que habitualmente han marcado la acción entre dos seres humanos cuando se unen sexualmente, lo que representaría un primer paso hacia relaciones más equitativas.

Mi propuesta de decir *sexar* va más allá de la sola forma lingüística. El fin de esta propuesta es establecer una neutralidad de la acción física donde los factores ideológicos no la desvíen hacia evaluaciones que entorpezcan o califiquen esta vertiente de las relaciones humanas.

Además, son las únicas relaciones con las que contamos para unirnos hoy en esta sociedad urgida por desentrañar mitos, valores ancestrales intocables, valores trastocados y, sobre todo, obtener una conciencia de igualdad del género humano.



Usar *sexar* podrá ser una opción que mantenga neutra la referencia de la actividad sexual que se realiza. Sin tener que hacer comentarios sobre la distinción de géneros o preferencias.

Su uso sintetizaría todas las expresiones sin que medie la inmensidad de metáforas, verbos mal usados o calificativos intencionales. Dirigiría la conjugación hacia la acción sin que interfiera el cúmulo de razonamientos ideológicos que el sistema simbólico social ha impuesto a nuestros cuerpos sexuados. ♦